



**Repensar la apocatástasis. Esbozo de un ensayo
hermenéutico-especulativo
sobre la idea de restauración universal**

**Rethinking Apokatastasis: Outline of a Hermeneutic-
Speculative Essay on the Idea of Universal Restoration**

Ruling Barragán Yañez

Universidad de Panamá, Panamá
ruling.barragan@up.ac.pa
<http://orcid.org/0000-0002-3237-5726>

DOI <https://doi.org/10.48204/2805-1815.11507>

INFORMACIÓN DEL ARTÍCULO	ABSTRACT/RESUMEN
Recibido el: 30/08/2026 Aceptado el: 2/09/2026 Keywords: Apokatastasis, universal restoration, meta-postulate, transcendental horizon Palabras clave: Apocatástasis, restauración universal, meta postulado, horizonte trascendental	Abstract: This paper proposes rethinking the notion of <i>apokatastasis</i> –the idea of universal restoration– in modern philosophical terms, as a <i>meta-postulate of practical reason</i>, rather than as a theologoumenon or a premodern metaphysical thesis. To this end, the paper will proceed in four stages. First, I will present the moral-existential problem that prompts these reflections, namely, the existence of evil or atrocious suffering. At this stage, I will also explain why this text is better understood as an essay of a hermeneutical and speculative nature. Next, I will provide an account of apokatastasis according to David Bentley Hart, indicating in general terms four problems that this idea poses for modern thought. I will then address the central proposal of this paper: apokatastasis understood as a <i>meta-postulate</i> (or, according to terminological variants, a transcendental <i>idea or horizon</i>) of <i>practical reason</i>. Finally, I will return to the idea of apokatastasis and offer some concluding reflections on it. Resumen: El presente trabajo propone repensar la noción de apocatástasis –la idea de restauración universal– en términos filosóficos modernos, al modo de un meta-postulado de la razón práctica, no como un teologúmeno o una tesis metafísica

premoderna. Para ello, este texto se desarrollará en cuatro momentos. En el primero presentaré el problema moral-existencial que suscitan estas reflexiones, la existencia del mal o sufrimiento atroz. En este momento, explicaré además por qué este texto es más bien un ensayo de carácter hermenéutico y especulativo. Seguidamente ofreceré una reseña de la apocatástasis según David Bentley Hart, indicando de manera general cuatro problemas que esta idea implica para el pensamiento moderno. Luego abordaré la propuesta central de este trabajo: la apocatástasis entendida como meta-postulado (o, según variantes terminológicas, idea u horizonte trascendental) de la razón práctica. Finalmente, volveré a la idea de apocatástasis y compartiré unas consideraciones finales sobre ésta.

Desde luego, la esperanza no es lo mismo que el optimismo. No es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, con independencia de cómo acabe saliendo.
(Václav Havel, citado por Michael Ignatieff en: *En busca de Consuelo*)

Nuestro problema, a quiénes me dirijo y el estilo de este escrito

La existencia del mal atroz constituye un desafío insoslayable para toda reflexión filosófica que no quiera evadir una realidad radicalmente grave e intolerable. No se trata aquí de un mal abstracto y aséptico, tal cual se expone en una ilustre *Summa Theologiae* o en distinguidas *Disputationes Metaphysicae*. Se trata de males que, por toda su crudeza y brutalidad, han sido denominados correctamente como “males horrendos” (*horrendous evils*), atroces, categoría acuñada por McCord-Adams (1999), males que según su definición resultan profundamente disruptivos para la vida de una persona. Al respecto, nos dice:

Among the evils that infect this world... I want to try to capture the most pernicious of them within the category of *horrendous evils*, which I define (for present purposes) as ‘evils the participation in which (that is, the doing or suffering of which) constitutes *prima facie* reason to doubt whether the participant’s life could... be a great good to him/her on the whole. (Adams, 1999, p. 26).

Estos males tienen la peculiaridad de arruinar el sentido mismo de la vida de quien lo padece o comete. La propia autora enumera algunos ejemplos inmediatamente luego de su definición: “the rape of a woman and axing off of her arms, psycho-physical torture, betrayals of one’s deepest loyalties, child abuse of the sort described by Ivan Karamazov, child pornography, parental incest, slow death by starvation, the explosion of nuclear bombs...” (p. 26). Por supuesto la lista se podría extender considerablemente con otros ejemplos, en extremo perturbadores; su sola enunciación pone en serio cuestionamiento cualquier teoría ética sobre la dignidad humana.

El problema moral que implica la existencia de esta categoría de males no encuentra una respuesta satisfactoria en las éticas humanistas, cuya concepción del mundo asume el naturalismo científico, aunque tampoco encontramos respuestas satisfactorias para este problema en las tradiciones religiosas. Para el naturalismo, el sufrimiento humano ciertamente no posee significado para el cosmos, tal como nada posee significado para seres no conscientes. Por más atroz que sea para nosotros, su acontecer no es más trágico que la desintegración de una partícula subatómica. Por su parte, para las tradiciones religiosas, sobre todo las teístas y personalistas, el problema consiste en cómo conciliar la naturaleza y acción divina con la existencia del mal en general y, en especial, con esta categoría de males.

Dicho lo anterior, este ensayo se dirige a dos tipos de lectores. En primer lugar, a aquellos no creyentes que, aun reconociendo la suficiencia metodológica de la ciencia para explicar el mundo físico, se sienten éticamente insatisfechos con una conclusión moral del naturalismo: la indiferencia del cosmos ante la dignidad o el destino de los seres humanos. En segundo lugar, me dirijo a creyentes que exigen razones para pensar este problema en términos más amplios que los ofrecidos por la teología y filosofía convencional. Estimo que ambos tipos de lectores comparten, aunque desde lugares distintos, la misma inquietud fundamental: la necesidad de pensar una respuesta adecuada al mal atroz en la historia.

Este ensayo se declara, además, hermenéutico, y no filológico o exegético. La diferencia es relevante: no pretende ofrecer un análisis histórico-crítico de textos, ni se dedica a la erudición filológica de lo dicho en el pasado. Más bien, busca interpretar (o más bien, reinterpretar) una idea metafísica de modo que dialogue con nuestra situación actual e incluso personal. Así pues, la cuestión de la restauración universal –si es que ese concepto puede ser significativo hoy para nosotros– se relaciona al del sentido de la vida, en especial, al de quienes han sufrido y perecido por males atroces, lo cual –en tanto nos preocupa la existencia humana como un todo– inevitablemente nos interpela.

Este ensayo, además, se reconoce como especulativo. Por “especulación” no entiendo una fantasía o imaginación arbitraria, sino un modo de pensamiento cuyos objetos de estudios trascienden los límites de la experiencia ordinaria y científica del mundo, pero cuya ponderación racional resulta ineludible por razones morales. La apocatástasis ciertamente no pertenece a ninguna ciencia exacta, natural o social. No obstante, o precisamente por ello, puede ser objeto de una reflexión especulativa que explore sus condiciones de posibilidad (o

imposibilidad), así como sus implicaciones ético-existenciales. Si bien la apocatástasis ha sido objeto de la reflexión teológico-metafísica, quiero abordarla aquí como un horizonte problemático para nuestra época postmetafísica, ya que insta al pensamiento a no eludir el problema de si o cómo resultaría posible reparar o restituir el valor de las vidas humanas truncas y malogradas por males atroces.

Dicho esto, soy consciente de que este tipo de reflexión puede resultar incómodo y marginal para los enfoques filosóficos contemporáneos. Especular aquí denota nuestra disposición a pensar fuera de las fronteras trazadas por la modernidad científica y las ortodoxias filosóficas o teológicas. En fin, lo que intento a través de este ensayo es repensar la idea de una restauración universal, preguntando por su validez (o invalidez) en nuestros tiempos y perspectiva existencial.

La apocatástasis según *That All Shall be Well* de David Bentley Hart

Hart (2019) ha resaltado en años recientes la idea de restauración universal, suscitando varias controversias en distintos círculos confesionales. Estas se han debido a que la apocatástasis fue formalmente rechazada por la mayor parte de las confesiones cristianas por cerca de mil quinientos años, luego de su supuesta condena en el Segundo Concilio de Constantinopla realizada en el año 553 d.C. Sin embargo, estudios más recientes en teología patristica, sobre todo aquellos realizados Ramelli (2013) en quien el trabajo de Hart encuentra una de sus principales referentes histórico-teológicos, han intentado mostrar que la apocatástasis nunca fue específicamente condenada en tal concilio. La teóloga patristica destaca además que la idea era aceptada por amplios sectores del cristianismo, especialmente del oriental. Es decir, nunca fue una idea marginal o minoritaria, ni tampoco oficialmente “herética”, al menos durante los seis primeros siglos de la era cristiana. Como resultado, los trabajos de Hart y Ramelli han ofrecido un distinguido y alentador respaldo a las posiciones universalistas de diversas confesiones cristianas actualmente existentes, tal como se puede constatar en diversos podios y medios: entrevistas, ponencias, foros, conferencias académicas, blogs y vídeo documentales. Así pues, no es incorrecto afirmar que las ideas universalistas se han visto promovidas, o al menos hecho más conocidas, en varios ámbitos confesionales angloamericanos.

No obstante, para fines de este ensayo, no consideraré la idea de restauración universal en su contexto histórico-teológico o confesional-apologético. Abordaré la idea según los términos del discurso metafísico que propone y usa Hart, a saber, los de la metafísica occidental clásica, esto es, la filosofía platónico-aristotélica, que le sirve para comprender, articular y fundamentar la apocatástasis.

Para Hart (2019) la apocatástasis es por antonomasia la doctrina cristiana de la restitución universal; es decir, la salvación de –literalmente– todos los seres humanos, no solamente la de unos cuantos “elegidos”. Así también, es la doctrina de la restauración o consumación final de todas las criaturas en Dios, lo cual denota la totalidad del mundo natural. Hart es tajante en cuanto a que la apocatástasis no admite excepciones: “any understanding of what God accomplished in Christ that does not include the assurance of a final apokatastasis in which all things created are redeemed and joined to God is ultimately entirely incoherent and unworthy of rational faith” (p. 49).

Sobre la no exclusividad de los elegidos, señala: “those whom he identifies as ‘elect’ do not constitute the whole number of the saved; they are merely the first fruits of the grand plan of salvation” (p.89). Que todas las cosas creadas son redimidas y unidas a Dios sustenta el alcance cósmico - no sólo antropológico- de la restauración universal.

Esta doctrina también es conocida como universalismo o universalismo cristiano. En cierta forma, podríamos decir que la apocatástasis es básicamente el dogma cristiano de la resurrección, pero proyectado a escala cósmica. Hart incluso llega a afirmar que, si el cristianismo es un sistema de creencias internamente coherente y digno de “fe racional”, la apocatástasis es una conclusión necesaria derivada de la naturaleza de Dios y del acto de creación. Como escribe Hart en su primera meditación “...the Christian doctrine of *creatio ex nihilo* is not merely a cosmological or metaphysical claim, but also an eschatological claim about the world’s relation to God, and for that reason a moral claim about the nature of God in himself” (2019, p. 49).

Para Hart un Dios que crea sabiendo que algunas criaturas sufrirán por la eternidad no podría ser el *Sumum Bonum* de la metafísica clásica o el “Buen Pastor”, el Dios personal de las escrituras judeocristianas. Por lo tanto, para que Dios sea verdaderamente bueno, debe ser el salvador de todo lo que ha hecho, de cada criatura sin excepción.

Uno de los puntos más debatidos de Hart es lo que se denomina técnicamente como “necesitarianismo” esto es, que la salvación es un proceso inevitable o irresistible. El término no es, por supuesto, empleado por Hart para referirse a su postura; es un calificativo de sus críticos. No obstante, la tesis de la inevitabilidad de la salvación sí es explícita: “Nor could any rational will that has ever enjoyed full freedom - which means a full rational awareness both of its own nature and the nature of the Good as such - resist the love of God willfully for eternity” (p. 33).

Junto a esta tesis, Hart rechaza el modelo “libertario” moderno, que básicamente comprende la libertad como la capacidad de elegir entre opciones, por pura espontaneidad, autonomía, o soberanía de la voluntad humana: “Freedom is a being’s power to flourish as what is naturally is, to become ever more fully what it is... The freedom of a rational spirit is its consummation in union with God” (p. 108).

Para Hart, la libertad es más bien la capacidad de una criatura de crecer y prosperar según su naturaleza, la cual –en última instancia– es provista por Dios mismo. En este sentido, un ser racional, una vez liberado de la ignorancia y las pasiones, las cuales le impiden tomar decisiones con plena conciencia, es decir, de manera realmente libre, no puede evitar elegir a Dios, siendo Dios la única fuente de verdadera felicidad. El rechazo eterno de Dios sería, por definición, un acto de locura o esclavitud a la ignorancia, no un acto de libertad. Aunado a lo anterior, Hart argumenta que no es posible que una persona sea salvada de forma individual. Dado que la identidad de cada persona se constituye a través de sus afectos y recuerdos de otros, si una sola persona fuese condenada eternamente en el infierno, los salvos también se verían afectados en su propia identidad personal e integridad moral. La salvación, por tanto, debe ser total: o todos son salvados, o ninguno puede serlo plenamente: “No soul is who or what it is in isolation; and no soul’s suffering can be ignored without the sufferings of a potentially limitless number of other souls being ignored as well”, además: “There is no such thing as a person in separation. Personhood as such, in fact, is not a condition possible for an isolated substance” (p. 95). Igualmente, en la misma sección y párrafo: “It is not simply that our identities are constituted by our memories - though, of course, they are, and this is the crucially important - but also that the personhood of any of us, in its entirety, is created by, and sustained within the loves and associations and affinities that shape us”. Así pues, resulta que “... this is to say that either all persons must be saved, or

none can be” (p.99). En el mismo sentido: “I am not I in myself alone, but only in all others. If then anyone is in hell, I too am partly in hell” (p. 100).

En fin, la salvación universal, según la metafísica clásica empleada por Hart, es inevitable por las siguientes razones: (i) la naturaleza moral de Dios, en cuanto creador y causa final del mundo; (ii) una acepción no libertaria de la idea de libertad humana y (iii) la identidad personal e integridad moral en tanto constituida por una red de relaciones con y afectos por otros seres humanos.

Ahora bien, independientemente de si la posición de Hart y otros universalistas (por ejemplo, Milbank en Centre for Applied Theology, 2022; Ramelli, 2013; Adams, 1999) constituye la interpretación correcta del cristianismo – cuestión más bien exegética y no filosófica, propia de debates teológicos interconfesionales–, para fines de este trabajo, asumiré como una hipótesis heurística que el universalismo es la posición cristiana *par excellence*. Asumiendo esto, lo primero que hay que señalar es que el universalismo que defiende Hart se basa en presupuestos metafísicos incompatibles con los presupuestos (también metafísicos) de la ciencia moderna, así como de filosofías de orientación lógico-lingüística, científico-humanista y político-emancipatoria. Así pues, en lo siguiente, identifico y describo sucintamente cuatro de esas incompatibilidades:

- i. A la física moderna, como es bien sabido, no le parece pertinente hablar de la “realidad última” de las cosas, que para bien o para mal es cosa de filósofos. Su interés se halla en explicar las relaciones matemáticas entre los fenómenos observables. Esto excluye, de entrada, toda referencia a una deidad personal (teísmo) o impersonal (deísmo, panteísmo o panenteísmo). Para la ciencia moderna, se trataría de una hipótesis innecesaria (Laplace) en sus explicaciones. Junto con la existencia de Dios, la apocatástasis asume, connaturalmente, la primacía ontológica a la conciencia sobre la materia, es decir, el punto de vista del idealismo, postura diametralmente opuesta al materialismo presupuesto por la ciencia moderna.
- ii. En conexión con lo anterior, la exclusión de un *telos* universal constituye quizá el obstáculo más profundo para aceptar la apocatástasis. La ciencia moderna se erige contra la teleología aristotélica. La naturaleza no “tiende” hacia fines; solamente expresa regularidades matemáticas. Incluso cuando se usa un lenguaje teleológico en la ciencia (e.g., en biología o cosmología), se trata de metáforas, no de causas finales en sentido

estricto. La apocatástasis es, sin embargo, esencialmente teleológica: afirma que el proceso total de lo real está ordenado a una consumación en la que el bien triunfa plenamente sobre el mal. Sin finalidad real, la apocatástasis pierde su sentido. Buena parte de las filosofías contemporáneas, incluso aquellas críticas del cientificismo, desconfían de toda teleología universal por considerarla una proyección antropomórfica o una resabio teológico no admisible.

- iii. La noción de naturaleza humana según la teoría de la evolución socava uno de los supuestos centrales de las cosmovisiones religiosas y metafísicas clásicas: la existencia de una sustancia o sujeto racional que además es inmaterial e inmortal, es decir, lo que se ha llamado tradicionalmente “alma”. La filosofía contemporánea, por su parte, también debilita esa idea y su supuesta inmaterialidad e inmortalidad. Aunque se reconoce que el ser humano tiene facultades intelectuales superiores a las de otros animales, esto no implica una distinción de orden metafísico. Así pues, hablar de una restauración universal de “almas” carece de referente y, de este modo, se convierte en un sinsentido.
- iv. Finalmente, las éticas humanistas contemporáneas rechazan la idea de una compensación transmunda del sufrimiento y del mal. Desde su perspectiva, remitir la justicia última a un “más allá” se concibe como una tesis moralmente inaceptable. La apocatástasis implica una noción de compensación final en que los sufrimientos o males atroces pierden su sentido moral aquí y ahora, pues –a fin de cuentas– serán superados o integrados en una totalidad reconciliada. Así pues, la apocatástasis deviene moralmente inadmisibles ya que minimiza la gravedad del sufrimiento real en nombre de un sentido total y final no verificable. La ciencia moderna, quizá no esté de más decir, tampoco ofrece indicio alguno de un ámbito transempírico donde el bien anulado por el mal sea reparado o compensado.

En resumen, cada incompatibilidad señalada ilustra cómo las tesis de Hart chocan con el modo de pensar moderno, de tal modo que difícilmente podría darse un diálogo. La apocatástasis no es rechazada tras un examen empírico, sino porque presupone categorías – “Dios”, “finalidad”, “alma” y “salvación” – que han perdido legitimidad filosófica y científica en el pensamiento contemporáneo. A mi entender, no hay nada en las cosmologías científicas de nuestros días que sugieran siquiera remotamente lo que propone la apocatástasis. Más aún, la teoría cosmológica sobre el fin del universo material con mayor respaldo observacional hasta el momento, la del *Big Freeze*, presupone todo lo contrario a una restauración o

renovación cósmica: el fin del universo finalizará en una muerte térmica, como resultado de un grado máximo de entropía. A lo más, todo lo que se podría sustentar desde una cosmología moderna, ya sea puramente física, o una de índole filosófica, es que solamente las formas o estructuras del mundo físico-natural (no los individuos o particulares) es lo que se reitera, restaura o renueva constantemente.

La apocatástasis como meta-postulado de la razón práctica

Ciertamente, desde una perspectiva hodierna e intramundana, la apocatástasis nos puede parecer una fantasía al mejor estilo de *Disney*. Podría ser desestimada desde el inicio como nada más que una forma de *wishful thinking*, una proyección de nuestros más nobles deseos por reparar o compensar la vida y dignidad humana destruidas a lo largo de la historia. Según la mentalidad científica, como hemos visto de manera genérica, no es algo viable; para ella, la apocatástasis es más bien una quimera metafísica, o una piadosa fantasía de la religión y la teología.

No obstante, aquí quisiera sugerir lo siguiente: si atendemos de manera honesta a nuestra experiencia estética y moral a través de la introspección o reflexión interior, nos encontramos con un peculiar hecho de nuestra vida intra subjetiva: deseamos, esperamos y hasta exigimos lo que me atrevería llamar “micro-apocatástasis”. ¿Quién no ha deseado alguna vez, o muchas veces, que lo que pasó no haya sucedido, o lo que no aconteció, haya sucedido? Diversos fenómenos de orden estético y moral que se dan en nuestra conciencia individual y que también se manifiestan en nuestra conciencia colectiva son testigo de ello. La nostalgia, la esperanza, el anhelo de justicia o reparación, así como el arrepentimiento y el perdón, por ejemplo, sugieren algo más que simples sentimientos o mera psicología. En cierto modo, estos afectos nos revelan una especie de “deber ser”; a través de ellos, reconocemos ciertas obligaciones, ciertos imperativos morales en sentido kantiano. Así pues, gracias a nuestra sensibilidad estética y reflexión moral, reconocemos que ciertos hechos y valores merecen ser preservados. Sin embargo, habitamos un mundo cuya estructura ontológica (en especial, la del tiempo) tiende a destruirlos, condenándolos sin excepción a la desaparición irrevocable. Enunciados tales como, por ejemplo, “el bien y la belleza deben permanecer por siempre”, o que “el mal y el horror deben ser erradicados absolutamente”, aún si excesivamente generales y abstractos, pueden ser reconocidas, sin

mayor dificultad, como axiomas morales, imperativos éticos evidentes en sí mismos. Sin embargo, al mismo tiempo reconocemos nuestra connatural e insuperable impotencia para realizar estos imperativos de manera plena o total. Esta contradicción en nuestra experiencia moral, entre el reconocimiento de ciertos imperativos morales y los límites que el mundo y nuestra naturaleza nos imponen, obligan a la razón a postular una instancia que supere o resuelva tal contradicción. En este sentido, recordando los postulados kantianos, podríamos postular un horizonte último en el cual todo lo digno de ser salvado sea plenamente restituido, en que todo mal sea radicalmente superado. Este horizonte trascendental es otra forma de referirnos a la apocatástasis y, en cuanto tal, pudiera ser estimado como un “meta-postulado” de la razón práctica. Se trataría de un “meta-postulado” porque engloba y da un sentido más pleno a los postulados de la razón práctica, según los concibió Kant.

Según Kant (1788/2000), “Estos postulados no son dogmas teóricos, sino hipótesis presupuestas necesariamente desde un punto de vista práctico y, por lo tanto, aunque no ensanchan el conocimiento especulativo, sí confieren una realidad objetiva universal [...] a las ideas de la razón especulativa” (p. 132). De acuerdo con Kant, “Estos postulados son los de la inmortalidad, la libertad... y la existencia de Dios...” (pp. 132-133).

Al respecto, propongo que la apocatástasis “engloba y da un sentido más pleno a estos postulados” (y por ello la denomino ‘meta-postulado’), porque ésta denota el culmen de aquellos. A mi juicio, el Dios de Kant tiene que ser apocatástico; no puede ser el Dios de la teología dogmática convencional, que conmina eternamente al infierno a la *massa damnata*, pues este estado de cosas resulta *toto caelo* contrario a la dignidad y libertad humana. En un infierno sin fin no hay dignidad ni libertad; mucho menos ningún progreso moral.

Entendida como meta-postulado, la apocatástasis ya no consiste en una afirmación dogmática o metafísica sobre el destino último del mundo, el hombre y Dios. Tampoco consiste en una fantasía religiosa que garantiza un desenlace feliz, en que se reconcilia toda la creación con su creador, o en términos filosóficos, todo lo manifestado con su principio o fundamento último. Antes bien, la apocatástasis se concibe aquí como un “horizonte trascendental de sentido”: de modo análogo a cómo el horizonte visible en el mar no es un lugar al que se llegue, pero orienta toda travesía, la apocatástasis se presenta aquí como la condición de posibilidad de una esperanza radical y, así de la inteligibilidad última de la historia humana y el proceso cósmico en que se inscribe. En tal sentido, nombrarla como

“horizonte trascendental” significa reconocer que no es una doctrina positiva sobre lo que sucederá, sino una estructura especulativa-regulativa de la conciencia moral. Ella sostiene y da forma al anhelo, la esperanza y la obligación de no dar por definitivo el triunfo del mal.

El meta-postulado, según propongo, aun si solamente de manera esquemática, tiene una característica peculiar: sería capaz de reunir bajo una misma estructura teleológica proyectos e imaginarios que, aparentemente, no podrían dialogar entre sí. Así pues, la apocatástasis, tal como esbozo, no sólo incorporaría las versiones teológicas tradicionales de la restauración universal, sino que también puede asumir al cosmismo ruso (Fiodorov), aquel sueño de hacer resucitar científicamente a los muertos y extender la vida humana a través del universo. (Para una reseña de las ideas de Fiodorov, véase Baña & Galliano, 2023)

Igualmente, nuestra propuesta admitiría la lógica de las cosmologías orientales, en las que todo sufrimiento tiende, por medio del karma, hacia una liberación última; incluso, podríamos encuadrar las intuiciones esotéricas de la teosofía o de la cábala, donde la restauración final del cosmos conlleva a la reintegración de todo lo real. En todos estos casos –a pesar de incompatibilidades doctrinales– opera una misma idea: la restauración total del bien, la abolición absoluta del mal.

La idea de restauración universal. Consideraciones finales

La dificultad más honda que enfrenta la apocatástasis en la filosofía contemporánea no se agota en los cuatro problemas catalogados en la segunda sección de este ensayo. Existe otro problema, que concierne no ya a sus supuestos metafísicos, sino a tres categorías que constituyen las condiciones *sine qua non* de la restauración universal: totalidad, necesidad y finalidad.

Sin totalidad, la restauración universal no puede predicarse de toda la creación y pierde su carácter específicamente apocatastático; sin necesidad, la salvación de todos se reduce a una mera posibilidad; sin finalidad, el proceso histórico y cósmico carece de dirección o sentido: la apocatástasis necesita que todo el proceso de la naturaleza y la historia se dirija hacia (o se realice en) alguna parte. A la apocatástasis le concierne que el acontecer total de los procesos cósmicos impersonales, así como los eventos históricos que conforman la existencia humana no sean simplemente hechos que finalmente se disuelven en la nada, sino que realmente tengan un fin o sentido último.

Hablar de la totalidad hoy es controvertido: nuestros tiempos se definen por la incredulidad ante los metarrelatos, por el escepticismo ante las narraciones omnicomprensivas que pretenden dotar de sentido a la totalidad de la experiencia humana. La apocatástasis es, por excelencia, un metarrelato de la totalidad. Ahora bien, recordando a T. W. Adorno, de la Escuela de Frankfurt, podríamos decir que el mal atroz se niega a ser reconciliado con la totalidad; el sufrimiento concreto de los inocentes no puede ser integrado a ninguna síntesis futura sin que esa integración constituya ella misma otra forma de violencia (Adorno, 1966/1975). Esta objeción golpea directamente al núcleo de la apocatástasis: si la restauración universal consiste en integrar todo mal en una totalidad reconciliada, minimiza la gravedad de aquello que pretende reparar.

La noción de necesidad suscita igualmente otra dificultad. Diversas concepciones filosóficas modernas han insistido en la contingencia radical de la existencia: no hay ninguna garantía metafísica de que la historia culmine en un destino prefijado, bueno y permanente. El necesitarianismo escatológico de Hart –la tesis de que la salvación universal es inevitable, que ninguna voluntad podrá resistir indefinidamente una vez liberada de la ignorancia y las pasiones– choca directamente con tal convicción. Sostener la necesidad metafísica de la salvación en la historia del mundo es negar la posibilidad genuina del error en nuestras decisiones y acciones, convirtiendo así la libertad en una ilusión. Si la salvación es necesaria, el drama moral de la historia humana deviene en un extraño teatro: todo conflicto, toda tragedia, toda responsabilidad individual quedarían anulados en un desenlace que ya estaba decidido desde el principio. Incluso, podríamos decir, todo deviene en una gran farsa. Si asumimos el necesitarianismo hartiano, toda tragedia perdería su gravedad; igualmente, todo acto heroico, dejaría de ser admirable. O como decía Borges del Eterno Retorno; si fuese un hecho, las despedidas (pensemos aquí en rupturas o fallecimientos) perderían su seriedad.

Finalmente, como ya había mencionado, el progreso del conocimiento científico en la modernidad prescinde de la teleología aristotélica para explicar el mundo mediante causas eficientes y relaciones matemáticas. En el universo de la física moderna, la naturaleza no aspira a nada, no se dirige hacia ningún fin, carece de *telos*. Los procesos cósmicos simplemente ocurren, expresando regularidades que podemos describir matemáticamente pero que no implican dirección o propósito. La ausencia de una finalidad real en la

cosmovisión científica es contundente. Incluso las filosofías contemporáneas críticas del cientificismo desestiman toda teleología universal, considerándola una forma de antropomorfismo. Atribuimos al mundo un fin o un sentido que sólo parece existir en nuestra imaginación moral.

Ahora bien, es precisamente por las anteriores dificultades que proponemos entender la apocatástasis como un meta-postulado, lo cual es otra manera de decir que podemos concebirla como una idea trascendental en sentido kantiano, a saber: “...un concepto necesario de razón del que no puede darse en los sentidos un objeto correspondiente... Son trascendentes y rebasan el límite de toda experiencia” (Kant, 1781/1998, B384). Más adelante, Kant hace la siguiente salvedad: “Aunque tengamos que afirmar que los conceptos trascendentales *son sólo ideas* [en el sentido de que no le corresponden un correlato empírico], no debemos considerarlos superfluos ni carentes de valor...”. (1781/1998, B386).

Lo anterior me parece perfectamente aplicable a la apocatástasis tal cual la concibo. La apocatástasis desborda los límites de nuestra experiencia y capacidad conceptual ordinaria: ninguna representación o concepto logra aprehenderla propiamente sin incurrir en paradojas, contradicciones o absurdos. ¿Qué forma adopta exactamente la restitución de todo bien perdido? ¿Cómo se reconcilian en ella el verdugo y la víctima (por ejemplo, Hitler y los judíos exterminados, los sionistas con los palestinos masacrados, o Epstein con las adolescentes abusadas) sin que esa reconciliación resulte en un escándalo o una broma cruel? Los problemas de la propuesta de Hart indican que la apocatástasis excede la capacidad del pensamiento discursivo. Y, sin embargo, la razón no puede dejar de producir esta Idea, sin que incurra en contradicciones o paradojas.

Proponer la apocatástasis como una meta-postulado podría brindarnos una “vía media” filosóficamente admisible. Ante el problema del mal atroz y la pregunta (o más bien, preocupación) por el destino de las vidas humanas arruinadas por él, el pensamiento contemporáneo parece confinado a dos posiciones existencialmente insatisfactorias.

La primera es la de una teología o metafísica premoderna, que afirma la apocatástasis como doctrina positiva –como descripción de lo que ocurrirá– apoyándose en supuestos que el pensamiento moderno ya no puede admitir. La segunda es la del naturalismo científico, que al negar cualquier categoría que trascienda el universo físico, concluye que las vidas destruidas por el mal atroz no tienen sentido recuperable, que la dignidad humana está

definitivamente perdida en virtud del mal, la destrucción del tiempo, y el vacío axiológico del cosmos. La apocatástasis entendida como meta-postulado de la razón práctica procura evitar esos dos extremos. No afirma la restauración universal como un hecho metafísicamente garantizado; tampoco la abandona como una quimera. La postula como un horizonte trascendental de la razón práctica: aquello que la conciencia moral no puede evitar pensar al atribuir sentido a la existencia humana como un todo en que el tiempo y el mundo hallan también sentido. De esta propuesta, inferimos un imperativo moral muy *sui generis*: debemos querer pensar (tan siquiera eso, querer pensar) un mundo en que las vidas humanas (y también, las de todos los seres sintientes) destruidas por males atroces sean plenamente reparadas. El destino o finalidad hacia la cual orienta nuestra idea, si se interpreta en sentido fuerte, sería algo análogo a lo que las tradiciones filosófico-religiosas han llamado por muchos nombres: Dios, Sumo Bien, Moksha (liberación del Samsara), Retorno al Uno, Reino de los Cielos, Reino de los Fines, lo Absoluto, etc. Nuestra propuesta se concentra en reconocer la exigencia moral de pensar un horizonte donde todo lo que merece ser salvado pueda serlo efectivamente, donde todo lo negativo pueda ser erradicado definitivamente. Repensar la apocatástasis consiste en (o por lo menos empieza con) el reconocimiento moral de que las vidas y la dignidad humana destruidas por males atroces merecen mucho más que la indiferencia del cosmos, la resignación, o la respetuosa y compasiva conmemoración de los que aún vivimos.

Referencias bibliográficas

- Adams, M. M. (1999). *Horrendous evils and the goodness of God*. Cornell University Press.
- Adorno, T. W. (1975). *Dialéctica Negativa* (J.M. Ripalda, trad.). Taurus. (Obra original publicada en 1966).
- Baña, M., & Galliano, A. (2023). La muerte es un lujo innecesario: Del cosmismo ruso al transhumanismo universal. *Nueva Sociedad*, (307), 158–171. <http://www.nuso.org>
- Centre for Applied Theology. (2022). *Universal salvation in Christ: A conversation with Professor John Milbank* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=C1sqmPr6Gr4>
- Kant I. (1998). *Crítica de la razón pura* (P. Ribas, Trad. prólogo, notas e índices). Alfaguara-Santillana. (Obra original publicada en 1781, segunda edición publicada en 1787).
- Kant, I. (2000). *Crítica de la razón práctica* (R. R. Aramayo, Trad., estudio preliminar y notas). Alianza editorial. (Obra original publicada en 1788)

Hart, D. B. (2019). *That all shall be saved: Heaven, hell and universal salvation*. Yale University Press.

Ramelli, I. L. E. (2013). The Christian Doctrine of Apokatastasis: A Critical Assessment from the New Testament to Eriugena. *Supplements to Vigiliae Christianae* (Vol. 120). Brill.